

“Shita ven aquí: la santísima lumbre. El manejo del fuego entre las mujeres otomíes de la Sierra Oriental¹”

Etnohistoriador Ulises Julio
Fierro Alonso
CENTRO INAH - HIDALGO
patadevenado@yahoo.com



Cabaret y restaurante Chapala. Fachada. © 87498. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

Introducción

Tras cuatro días de intensos festejos entre procesiones, ofrendas al santo y un gran baile, las familias de San Pablo el Grande, comunidad otomí de la Sierra Oriental² se van poco a poco reintegrando a la normalidad de la vida cotidiana. Nadie, o casi nadie, recuerda cómo se dio la apertura del festejo. Antes de todo ello, dos mujeres ancianas depositaron ofrendas a la tierra y al fuego para que todo saliera bien, pero ¿quiénes son estas mujeres? Las presentes líneas son un estudio preliminar y una muestra de los datos etnográficos de campo que exponen la relación del fuego

ritual y las mujeres sanpableñas a lo largo de su vida en un primer acercamiento al tema.

Las mujeres

Seguramente, a estas dos mujeres que mencioné anteriormente, de niñas, al igual que todas las infantas de San Pablo, se les enseñó a cocinar a través de sus madres, tías y abuelas. Cooperando en estos deberes y jugando, aprendieron que el fuego cuece los alimentos y que había que darle una retribución por sus favores. Si había tortillas o tamales, una vez ya cocinados, se le tenía que depositar un par de ellos para que las brazas los consumie-

ran, agradeciendo y compartiendo los alimentos con el fuego.

Estas niñas crecieron y al paso del tiempo un día se casaron y tuvieron que cumplir con los deberes y ciclos culturales de su género. Formar su propia familia y ser madres, los requisitos necesarios para ser consideradas parte de la comunidad. Tras su primer parto y en los subsecuentes se bañaron cuatro veces en un temascal para recuperarse del alumbramiento.

Al principio de su matrimonio vivieron con los padres de él. Cuando pudieron independizarse, su esposo le construyó su hogar en un nuevo solar, que consistían

unos cuartos para dormir, una cocina y un temascal. Mientras el esposo se iba a trabajar a la milpa o fuera del pueblo, ella se haría cargo de su fogón con tres piedras, su temascal y su casa.

Pronto enseñaría a sus hijas a cocinar y a alimentar al fuego como ella lo había aprendido. Sus tareas implicaban encender el temascal como baño familiar, pero si alguien enfermaba debía ofrendarle refino, tabaco y una veladora que depositaría junto a las piedras del fogón, y una vez adentro del baño, hará la petición a Shita Cívi de proporcionar el calor necesario para curar al familiar enfermo diciendo con suma reverencia:

¿Shita dónde estás?, shita ven, ven por favor, shita ven aquí”

Cabe mencionar también, que los baños de “susto” a sus hijos o nietos los realizarían frente al fogón.³ Como casada, su marido tal vez en su momento se convertiría en mayordomo o padrino de un santo. En cualquier caso, ella tendría que ser la anfitriona de las ofrendas al santo y de los banquetes nocturnos porque sería madrina o mayordoma. A su lado su madre o la madre de su marido, junto con otra mujer anciana le estarían indicando y ordenando cómo preparar los alimentos y las ofrendas.

El marido de ella tal vez se iría y la dejaría soltera, a lo mejor quedaría viuda, sus hijos crecerían y se casarían, tendrían hijos y con suerte tal vez un día sería abuela. Con los años dejaría de ser fértil. Esta abuela bien podría llamarse Eudelia o Emilia (como las mujeres que observe curando la casa del mayordomo en los festejos patronales de San Pablo este año). En casa de dichas mujeres se harían las bodas, los bautizos o las mayordomías y como mujer mayor ahora ella sería la encargada de las ofrendas y ten-

dría que invitar a otras mujeres para que le ayuden en dichas tareas a quienes se les llamaría “olleras”.

Sobre todo tendría que buscar a una mujer anciana y junto con ella ser las encargadas de dar las indicaciones de cómo preparar los alimentos, pero sobre todo de hacerle ofrendas a la tierra y al fuego, antes de cualquier festejo. Y mientras todos en la algarabía de los preparativos, casi imperceptiblemente, ellas dos tendrían que “*curar la casa*” a través de ofrendas y rezos a los santos, la tierra y al fuego para que el maligno no haga de las suyas y pedir permiso para que todo en la fiesta salga bien.

Curando la Casa: el ritual

“Curar la casa” es un ritual que pasa casi inadvertido para la población constituye una práctica que se enmarca dentro de los preparativos de cualquier fiesta: bautizo, boda o mayordomías y tiene como finalidad purificar el espacio. Las “olleras” mayores, primero ante el altar de la casa sahuman dos cruces de una planta con espinas, a la que llaman así, simplemente “espinas”,⁴ también sahuman el agua bendita, una cajetilla de cigarros y dos velas diciendo:

“Señor bendice esta santísima agua, bendice esta santa casa. Yo no sé quién soy, yo soy una simple empleada. Voy a apoyar a estos muchachos, voy a apoyar a estos mayordomos, ahora me tocó. Discúlpame, perdóname, te lo suplico. Santa Señora de Guadalupe, Señor San Pedro, Señor San Pablo, estás ahí, Señor Jesucristo, Santa Virgen de Guadalupe, bendice esta casa, que no suceda nada, ayuda a estos hijos, apóyalos.

Te lo suplico para que no haya un problema, para que no discutan los que toman, que no se lleguen a disgustar los mayordomos, para que salgan limpios de su compromiso, de todo lo que van a hacer, lo que va a pasar”

Después de este rezo, una de las mujeres en la puerta de la casa, colocan las cruces y después una de ellas lleva el agua bendita con la que rocía cada rincón y esquina de la casa, la otra señora va detrás de ella prendiendo los cigarros y dejando uno en cada esquina y rincón de la casa.

De igual forma se sahuman cuatro veladoras, mismas que se colocan una en cada esquina de la casa en los cuartos donde está el altar familiar. Esta ofrenda es a la tierra: mojay. Esto es, para que el maligno, un mal aire o algo malo se aleje, no entre a la casa y no perturbe a los borrachos.

Por último van hasta el fogón de la casa y le ponen las dos velas, dos cervezas y refino. A las brazas le rocían cuatro chorros de refino en forma de cruz. Esta ofrenda es para Shita Cívi. La ofrenda al fuego es para pedirle permiso de realizar la fiesta y que todo salga bien.

El fuego y la tierra

Varios autores han rastreado el culto al fuego y a la tierra entre los otomíes desde épocas remotas. Como lo señala Carrasco el Padre Viejo se relaciona al dios del fuego y de los muertos y la Madre Vieja, es vinculada con la diosa de la tierra y de la luna, ambos son la pareja creadora y ancestral de los otomíes. (Carrasco, 1950:138).⁵

Por su parte, Galinier muestra claramente que el fuego sigue siendo para los otomíes el símbolo más prominente de la vida ritual y la ancestralidad otomí. (1990: 145) y que es un elemento ontológico de la cultura, metáfora paterna y materna del mundo invisible, nocturno y de abajo. (1995: 121)

El mismo Galinier muestra al temascal y al fogón como elementos de la lógica cultural otomí que simbolizan las relaciones hombre-mujer, día-noche, es decir, son ar-

ticuladores del orden social de la vida indígena otomí. (1990 y 1995)

Cuando pregunté a un anciano, ¿quién era Shita?, me pregunto que ¿cuál de todos o en dónde lo había escuchado? Al decirle que en el temascal su respuesta fue:

“Ah, es Shita Cívi, el rey del fuego. A él se le ponen ofrendas en reconocimiento de que nos calienta, cuece la comida, nos cura. Hay que darle gracias”

Por su parte al preguntarle a las “olleras” ¿por qué se hacían todas estas ofrendas?, su respuesta fue:

“La lumbre escucha todo lo que hace uno. De ahí viene todo. De ahí nace lo que estamos comiendo. Todo junto, el maicito y todo lo que comemos sale de ahí, de la Santa Tierra y la Santísima Lumbre”

Esto nos remite a los ancestros del inframundo, el Padre Viejo y la Madre Vieja como pareja originaria y generadora de la vida y el sustento en esta tierra, según el orden del mundo en San Pablo el Grande.

La mujer y el fuego

Galinier ha demostrado cómo el dualismo se articula con el cosmos otomí, a través de la corporalidad, mismo que se manifiesta a través de las relaciones de género: hombre-mujer. Mientras el hombre es el elemento ígneo identificado con el supramundo, la mujer lo es del inframundo. (1995: 112).

En este sentido, podemos ver cómo a la mujer desde niña se le van brindando los elementos, a través del juego para el manejo ritual del fuego como dispositivo que articula la vida cotidiana con la idea de la ancestralidad. Coincidimos con Severi cuando señala que las sociedades ajenas a la historia, conservan técnicas y medios para

mantener la memoria y la tradición, que relacionan la experiencia individual y la memoria ligada al contexto ritual, refiriendo la experiencia privada a la memoria grupal. (Severi, 1996: 19-23)

Así, la mujer sanpableña va caminando por la vida y aprendiendo al sostenimiento del Gran Ancestro, el Padre Viejo: el fuego y la Madre Vieja: la tierra, la luna. La mujer por ser identificada con la parte inferior del cosmos otomí, es un modelo del elemento ígneo del inframundo al que se le debe la vida y por lo tanto, su sustento es el sustento del mundo. Entonces, ella es la indicada para dialogar con dicho elemento y a quien desde niña se le vincula con dicho ancestro.

Así, podemos observar el siguiente cuadro:

La vida de la mujer y el uso del fuego en San Pablo el Grande

Edad	Lugar	Atributos del fuego	Acto o ritual
Niñas	Fogón familiar	Cuece los alimentos	Se le alimenta y se le da gracias por permitir consumir los alimentos ya cocinados.
Esposas	- Temascal - Fogón familiar	Poder medicinal	- Se le reza y se le depositan ofrendas para que cure a la familia en el temascal - Las limpias y baños de susto a los niños se realizan frente al fogón
Viudas o ancianas	Fogón familiar	Ancestro protector	Se le ofrenda y se le pide permiso para que cuide a todos durante la fiesta

Consideraciones finales

Si bien, éste es un primer esbozo podemos ver que el fuego y la tierra como ancestros y principales deidades otomíes, son fundadores y Cívilizadores. De ellos proviene la vida y el sustento otomí. Trans-

forman los alimentos de crudo a cocido, lo mismo que el cuerpo humano débil y enfermo que entra al temascal para ser innovado y purificado para restablecerse y reincorporarse sano al mundo. El Padre Viejo y la Madre Vieja brindan la salud dentro del temascal

En las ofrendas a la tierra, el fuego de las veladoras sirve como marcador del territorio liminal para que aleje el mal del lugar y del momento festivo, junto con él van las espinas, el agua bendita, el refino y el tabaco.

El fuego, a su vez, es el ancestro primordial al que se le pide permiso para dar apertura al tiempo ritual y con ello la petición para que todo salga bien, ofreciéndole refino, cerveza, flores y velas en el fogón. El fuego es entonces dador

de vida, el que protege y el que cura. Símbolo polisémico y multifactorial como lo señala Galinier.

Si bien en los rezos se menciona a los santos católicos, la vida femenina de San Pablo, desde la infancia se va preparando con dis-



Gente y puesto de periódicos frente al cabaret *Bremen*. © 87482. SINAFO-FOTOTECA NACIONAL.

positivos culturales que refuerzan la memoria ritual y que la llevarán, ya de adulta, al diálogo directo con Shita Cívi, el padre viejo, para que proteja a la colectividad al entrar en sus espacios y tiempos rituales de su ciclo de vida como bautizos y bodas y comunitarios como las fiestas patronales.

Su experiencia cognoscitiva individual desde niña va encaminada para que al paso del tiempo, este conocimiento forme parte de la memoria grupal y que se articula los rituales comunitarios dedicados al Padre Viejo: Shita Cívi, el Gran Ancestro Otomí.

Notas

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada en el VIII Coloquio Internacional sobre Otopames, realizado del 6 al 10 de noviembre de 2006 en las ciudades de Zitácuaro y Morelia, Michoacán. El autor agradece los comentarios de la Mtra. Lourdes Báez

y Beatriz Moreno, colegas del equipo Estado de Hidalgo.

² Dicha comunidad se encuentra ubicada en el muniCívico de Tenango de Doria en la región considerada como otomí-tepehua del Estado Hidalgo.

³ En este sentido, dicho acto coincide con algunos grupos otomianos del Estado de México. (Mtro. Efraín Cortes: comunicación personal).

⁴ Esta cruz simboliza la corona de espinas de Jesucristo.

⁵ En este sentido Limón (2001) y Soustelle (1993), coinciden con Carrasco y al señalar a Otontecutli como dios del fuego y dios supremo de los antiguos otomíes.

Bibliografía

CARRASO, Pedro, *Los otomíes. Cultura e historia prehispánicas de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*, UNAM/INAH, 1950.
GALINIER, Jacques, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, INI/CEMCA/IIA-UNAM, 1990.

-----, "El fuego y las lógicas culturales. Acerca de las categorías espacio-temporales del pensamiento otomí", en González Acantud, José y María Jesús Buxó Rey, (Eds.) *El fuego. Mitos, ritos y realidades*. Anthropos Diputación provincial de Granada, España, pp. 105-122, 1995.

KÖHLER, Ulrich, "El fuego entre los aztecas", en González Acantud, José y María Jesús Buxó Rey, (Eds.) *El fuego. Mitos, ritos y realidades*, Anthropos Diputación provincial de Granada, España, pp. 199-214, 1995.

LIMÓN Olvera, Silvia, *El fuego sagrado. Simbolismo y ritualidad entre los nahuas*, INAH/UNAM, 2001.

SEVERI, Carlo, *La memoria ritual. Locura e imagen del blanco en una tradición chamánica amerindia*, Biblioteca Abya-Yala, 1996.

SOUSTELLE, Jacques, *La familia otomí-pame del Centro de México*. UAEM/IMC, Gobierno del Estado de México, Ateneo del Estado de México, 1993.